

La hemorragia migratoria extremeña

Decía el ensayista extremeño Manuel Martín Lobo que la emigración de nuestra tierra no es una sangría sino una hemorragia. La historia le da la razón. Ya en el siglo xvi, tras Andalucía y Castilla la Vieja, aparece Extremadura encabezando el porcentaje de personas que marchan hacia América: el 14'7% del total nacional, cuando nuestra región no tenía más allá del 5'5% de la población global. En el siglo xvii, junto a la inercia de esta misma emigración se asiste al forzado exilio de los moriscos, que formaban nutridas colonias de buenos agricultores, comerciantes, industriales, intelectuales, etc., perdidos para nuestro progreso. Esto, junto a los estragos de la Mesta, que contribuyó extraordinariamente al proceso de desertización irreversible de nuestro suelo, fue decantándonos como territorio de hidalgos, monjes y pueblo envejecido, sin sabia joven para revitalizarlo. Como el siglo xviii fue un período repleto de epidemias, malas cosechas, hambre, y se culmina con el decreto de Godoy de 1798 por el que se ponen a la venta los bienes raíces pertenecientes a hospitales y otras instituciones, ningún motivo retiene a nuestros hombres, que buscan fuera, donde sea, lo que la tierra —o mejor, el hombre que la posee y acapara— le niega por sistema: el pan, un medio de sustento. No va a ser mejor el siglo xix, marcado por las desamortizaciones de Mendizábal y, especialmente, Madoz, que por Ley de 1-V-1855 da el tiro de gracia a los bienes pertenecientes a los municipios —de propios—, donde hallaban remedio, aunque escaso, los jornaleros en tiempos de máxima penuria, encontrando allí trabajo común o disponiendo de un trozo para trabajarlo por su cuenta; ahora, serán comprados por unos cuantos podero-

sos, perfilándose el latifundismo y el propietario absentista, el caciquismo y la miseria extrema. No es extraño, por ello, que desde esa fecha hasta comienzos del siglo xx unos 150.000 extremeños cogieran las maletas de la emigración, camino de Ultramar: «Lejos d'una ve, familia y to, a América pa siempre... Er que allega, en cuanti escribe, arrastra otro montón. No van queando ni las ratas», escribía Felipe Trigo en su «Jarrapellejos» en los primeros años del siglo actual.

Sin embargo, a principios del siglo xx, a raíz de la 1.^a Guerra Mundial, se retiene la emigración exterior. No es una decisión voluntaria de nuestros hombres, no se trata de que aquí haya acomodo ya para los que quedaron. Ocurre simplemente que las puertas de la emigración exterior se cerraron como consecuencia de la guerra y de la posterior crisis mundial de 1929. Entonces, comienza —no hay otro remedio, porque Extremadura sigue siendo la tierra ancha y despoblada del pan difícil y el trabajo escaso— la emigración interior que cortó la expectativa de la República y los sucesos de la guerra civil y consiguiente postguerra de hambre generalizada y controlado movimiento ciudadano. Una vez superada la etapa urgente y dura de los años 40, vuelve de nuevo y con una virulencia creciente y nunca conocida, la más tremenda de nuestras hemorragias. Serán veinticinco años de auténtica desbandada que sólo frena la crisis económica mundial de 1973, que cierra las fronteras de la emigración europea —estampida de los años 60— y colapsa las dirigidas a las ciudades industrializadas del interior, afectadas por la misma crisis.

En estos años, los saldos migratorios son los siguientes:

1950-59: Badajoz, 93.230; Cáceres, 81.371; Extremadura, 174.601.

1960-69: Badajoz, 233.984; Cáceres, 144.181; Extremadura, 378.165.

1970-74: Badajoz, 71.404; Cáceres, 44.462; Extremadura, 115.866.

Total: Badajoz, 398.618; Cáceres, 270.014; Extremadura, 668.632.

Fuente: I.N.E.

Los lugares a donde se dirigió esta riada extremeña, obrera, esperanzada, dejando atrás pueblos casi enteros, barrios, amigos, familiares, son éstos, por orden de importancia:

Madrid (y cinturón industrial), 41 por 100.

Barcelona (y cinturón industrial), 21 por 100.

Euskadi, 13'5 por 100.

Resto de España, 17'91 por 100.

Francia, 3 por 100.

Alemania, 2'14 por 100.

Suiza, 0'95 por 100.

Resto, 0'5 por 100.

Fuentes: INE e IEE

Hoy, a pesar de la imposibilidad de emigrar a la Europa comunitaria, que tiene cerradas las puertas a los trabajadores no pertenecientes al Mercado Común Europeo, lo prácticamente imposible de la emigración a Ultramar y lo difícil de abrirse camino en las ciudades industrializadas de nuestro país, de 1975 a 1981 se calcula que fueron 55.000 los extremeños que salieron de esta Extremadura que teniendo más del 8 por 100 del territorio nacional alberga sólo al 2 por 100 de la población total y ostenta el índice de paro más alto del país: casi el 20 por 100 de su población activa, que por otra parte —uniendo todos los records de la miseria y la pobreza— es la que posee el porcentaje más bajo de personas activas (no olvidemos que nuestra pirámide de edades está especialmente engrosada en su parte superior: ancianos; los jóvenes fueron el capital humano que marchó fuera para abrirse un porvenir menos oscuro).

* * *

¿Cuál es el futuro? ¿Cómo cortar la sangría, la hemorragia continua? ¿Y qué alternativas tienen los más de 50.000 extremeños que se encuentran en Europa presionados por los gobiernos y por los empresarios, entre el paro creciente, a que abandonen su puesto y retornen? ¿Y los más de 700.000 extremeños y sus descendientes esparcidos por nuestros cinturones industrializados, en crisis, en suspensión de empleo, flexibilizaciones de plantilla, barrera laboral para los jóvenes que buscan su primer empleo? ¿Qué ofrece Extremadura a los que un día vio partir camino del pan y hoy en muchos casos, lo tienen difícil fuera, y desean volver a la tierra que siguen llevando dentro de su alma, para encontrar un hueco? ¿Acaso, en estos años, sólo se pensó en exportar personas, como si se tratara de patatas, sin pensar en crear la infraestructura mínima que evite la hemorragia y abra las puertas de los que quieren retornar?.

Si miramos los indicadores socio-económicos generales de España, hay que armarse de valor para pensar en una airosa acogida de aquellos que necesitan regresar. Nuestra renta per cápita es la más baja del país, como el producto interior bruto, como el porcentaje de ahorro, como los índices de empleo, como el crecimiento de los sectores industrial y servicio... Cualquier previsión de futuro nos coloca en la lista de zonas con tendencia a deprimirse o, en el mejor de los casos, a continuar en el estancamiento, constituyendo una inmensa bolsa de pobreza, más densa y extensa que la de Galicia, la Mancha, Andalucía... Sin embargo, por encima de los números fríos, el fatalismo, el lamento eterno y la resignación profunda, debe estar la voluntad de un pueblo que despierte y pida, exija, con urgencia, justicia por tantos siglos de atropellos, esquilmaciones, sacrificios. Que haga valer el principio de la solidaridad interregional consagrado por nuestra Constitución. Que cobre conciencia y fuerza. Que sepa que conseguirse un puesto en esta lucha que es la vida social exige valor, arrojo, entrega, coraje y unión; que es necesario lograr que instituciones como la Junta Regional y el futuro Gobierno Autónomo extremeño, articulen un plan claro de reivindicaciones al Gobierno Central y un proyecto detallado de posibilidades de retorno que abra una puerta a la esperanza; que para esta hora de futuro hace falta el aporte de los que un día, hoy mismo, se benefician de las propias aportaciones de los emigrantes, de sus mismo ahorros: la banca privada, las Cajas, diversas entidades financieras; que a esta llamada deben acudir los organismos provinciales —diputaciones— y locales —ayuntamientos—, que faciliten los créditos, bonificaciones asesoramiento, sondeos de mercado, terreno, instalaciones... en las que el emigrante pueda verter sus nuevos conocimientos aprendidos fuera, su ilusión para sentar las bases cooperativas de una nueva economía, de un nuevo estilo de vida en esta tierra donde resulta imposible creer que no da más que para malvivir al escaso millón de seres humanos que la habitan: la densidad poblacional más baja del Estado.

Contener la hemorragia y facilitar la vuelta voluntaria de tanta sangre que un día se derramó y llama a las puertas de retorno: esa es la meta. El reto para un pueblo que debe despertar.